

Antonio Susillo

La realidad histórica siempre supera la ficción literaria

Por **Álvaro Cabezas**

Cualquier hermano de San Juan de la Palma conoce el dramático suceso que se vivió en la tarde del Domingo de Ramos de 1893 en la plaza de San Francisco de nuestra ciudad mientras discurría por allí la Virgen de la Amargura, sobre todo por las consecuencias materiales que provocó: la litografía de José Arpa que muestra el momento en el que se produjo el incendio del paso de palio o las manos de la Dolorosa que realizó Susillo para sustituir a las anteriores y que son hoy las que acogen los besos y las oraciones de los devotos.

Sin embargo, en muy pocas ocasiones se han dilucidado los detalles que rodearon los hechos y analizado la consolidación del modelo de cofradía vigente por aquellos años. El carácter accidental del episodio y el halo romántico que acompañó a la muerte del escultor decimonónico antes mencionado lo tiñeron todo con el añil de la leyenda, algo que trajo consigo que se desdibujaran los contornos de la Historia a favor de la fantasía y la ficción literaria. Después de que fuera donada a la Hermandad el vaciado de yeso de la máscara mortuoria de Antonio Susillo en la pasada Cuaresma, quizá haya llegado el momento de abordar el asunto desde un prisma científico. Al fin y al cabo, la realidad histórica siempre será superior a la fábula o la invención por muy divulgativa que esta pueda resultar.

Los hechos

El Domingo de Ramos de 1893 cayó en 26 de marzo. Lo que ocurrió aquel día fue sucinta y certe-

ramente explicado por el secretario en los libros de actas: “Nota: Se hizo estación y al llegar la Cofradía a la plaza de Sn. Fco. frente a la puerta del Ayuntamiento una luz que llevaban debajo del paso de la Virgen los conductores prendió fuego al mismo quemándose las ropas de la Virgen y Sn. Juan, sufriendo desperfectos las Imágenes y perdiéndose algunas alhajas y otros perjuicios. El paso del Señor continuó la estación y el de la Virgen volvió atrás apagado. La opinión se impresionó grandemente y el público prestó muchos servicios a los hermanos”.

Al día siguiente, el hermano mayor, José Velasco y Angulo, dirigió un emocionante discurso a los asistentes al cabildo refiriendo los acontecimientos y “haciendo notar los sufrimientos de todos los hermanos que vieron destruirse en momentos el fruto de largos trabajos y sacrificios”. Con emoción, enlazó lo ocurrido con la necesidad de que “se amasen los unos a otros como verdaderos hermanos prestándose mutuo apoyo a fuer de que con el común esfuerzo todos convergiesen por un pensamiento único”, hecho que no solo había evitado perder las imágenes, sino que facilitaría las cosas para que el año siguiente pudiesen procesionar aun con mayor esplendor. Si cada hermano de San Juan de la Palma mostraba con su prójimo la “prueba de amor” que expusieron los nazarenos que se subieron al paso para apagar el incendio y que por milagro no salieron ardiendo también, la corporación crecería al convertir un accidente en un triunfo.





La solución: consolidación de un modelo

Los daños no eran pocos, pero sí fácilmente reparables: las manos de la Virgen habían quedado muy dañadas y la imagen de San Juan Evangelista tenía el rostro oscurecido. Además de eso, algunas alhajas se habían perdido. Para repararlos se echaría mano de limosnas. De esta manera, todos los hermanos que contribuyesen con sus donativos a la restitución del patrimonio recibirían el agradecimiento formal de la Hermandad. Asimismo, se comisionó que determinados cofrades recogieran dádivas con su “traje de nazareno” en el escenario donde se había producido el incendio –en los palcos de la plaza de San Francisco–, en la tarde del Miércoles Santo con tal de mover a la piedad y la caridad. Si no podía hacerse este día –por motivo de la lluvia–, la operación se llevaría a cabo en la jornada siguiente. Se promovería la colaboración de toda la vecindad y de determinadas personalidades de prestigio social.

Estas acciones parecieron dar fruto y en la junta de oficiales y diputados de 14 de abril de 1893 se trató el asunto de la restauración de las imágenes. En ella se acordó encargar a Antonio Susillo y Manuel Rosso “que a más de ser escultores tienen el Carácter de Hermandad, que emitan su parecer sobre la restauración y que el primero asesorado del segundo si lo acordase necesario pudiera” facilitar el nombre de la persona o personas que hubieran de ocuparse de ese cometido. El hermano

mayor manifestó que aun no había acuerdo definitivo acerca de quien se encargaría de ello, pero puso de manifiesto que la corporación quedaba contenta de la curiosidad y las impacencias inoportunas y recelos infundidos de algunos artistas que habían ofrecido sus servicios a la Hermandad.

Un mes más tarde, y casi habiendo transcurrido dos del infausto suceso se nombró una comisión encargada de las reformas que habrían de hacerse en los pasos y de la restauración de las imágenes. Una de las primeras reformas en acometerse fue la de los nuevos bordados de las ropas de San Juan y la saya de la Virgen, obras de Elisa Rivera, así como la restauración del palio. Esta última corrió a cargo de Cristóbal Ortega, el artífice establecido en la calle San Luis que había entregado una peana y unos respiraderos a la Hermandad tan solo unos días antes del incendio y que ahora se presentaba como la persona más adecuada para restituir el conjunto. En las semanas previas a la Semana Santa de 1894 recibió pagos de 500 reales por la restauración del palio, 250 por los candelabros y 400 por las bocinas que habrían de estrenarse ese Domingo de Ramos.

De la restauración de Susillo solo se vuelve a tener constancia a posteriori. En el cabildo de 18 de abril de 1894, ya pasada la Semana Santa, se acuerda mandar agradecimiento al escultor por la feliz restauración practicada sobre nuestras imágenes. Según parece, la Hermandad recurriría a



Nuestra hermana Enriqueta Vila –nombrada recientemente Medalla de Oro de la Ciudad– hizo entrega el pasado 18 de marzo a nuestro hermano mayor, José Luis Pueyo, de la mascarilla funeraria de Antonio Susillo, para que quede en propiedad de la hermandad, en un acto íntimo a los pies de la Amargura en el que se contó con el escritor y columnista de ABC de Sevilla Francisco Robles, y con el profesor Manuel Jesús Roldán.

él, primero porque se trataba de un hermano de la corporación, y en segundo lugar, porque él había sido uno de los dos escultores que habían firmado el informe de restauración realizado poco después del incendio. Además se trataba del escultor más importante del sur de España. Aunque siempre había llevado una vida inestable y melancólica, lo cierto es que era por esos años cuando estaba siendo más reconocido por los estamentos oficiales de la ciudad.

El máximo interés radica en que Susillo jamás había incursionado en el terreno de la imaginaria procesional. La restauración que practicó sobre las imágenes de su cofradía fue modélica y muy moderna para la época. Se limitó a restituir aquellos elementos que podían recuperarse y en sustituir por réplicas aquellos otros que se habían perdido, como fueron las manos de la Virgen, idénticas, por tanto, a aquellas que mantenía la Dolorosa desde el siglo XVIII. Se desconoce hasta el momento cuanto cobró por su trabajo o si no reclamó ningún honorario por tratarse de una restauración sobre sus propias imágenes, pero lo cierto es que tan solo dos años y medio después de este episodio murió de un disparo que se infligió él mismo bajo la barba tras haber intentado, infructuosamente, arrojarse bajo alguno de los ferrocarriles que llegaban a Sevilla por la zona de San Jerónimo. Esa circunstancia, encuadrada en los suicidios que se produjeron en célebres oca-

siones por parte de determinados autores y artistas del romanticismo, rodeó a todas sus obras de un aura de fatalidad y determinismo. Las más recientes investigaciones achacan a sus problemas mentales los impulsos que le llevaron hacia la muerte, pero es interesante señalar que en la misma tarde en la que Susillo falleció se le sacara por parte de su discípulo Viriato Rull el vaciado del rostro para que pudiera ser conservado con cariño y veneración. Esa mascarilla mortuoria fue la que pasó de Rull a Antonio Castillo Lastrucci, que era discípulo de Susillo y seguro amigo de Rull; y de él a Antonio Illanes Rodríguez, discípulo del anterior, para acabar primero en las manos del escritor José María de Mena Calvo en los años ochenta del pasado siglo, y después en las de la historiadora americanista Enriqueta Vila hace tan solo un par de años. Ella ha considerado oportuno donarla a la Hermandad de la Amargura como el recuerdo de un hombre que, como tantos otros, contribuyeron a preservar un modelo que servía a la necesidad de la devoción de la Sevilla de finales del siglo XIX.

Cuando por obra de un accidente como el incendio de la plaza de San Francisco algunos elementos identificativos y valiosos se habían perdido, la Hermandad había apostado por recuperarlos tal cual habían sido, para, de alguna manera, borrar el desagradable suceso de la huella de su valioso patrimonio.